

EL CISTER Y LAS ÓRDENES MILITARES EN EL IMPULSO HACIA ORIENTE

VICENTE ÁNGEL ÁLVAREZ PALENZUELA
Universidad Autónoma de Madrid

En estricto sentido la Cruzada ha sido definida como una expedición militar, organizada para la recuperación de los Santos Lugares, a la que se atribuyen incentivos de carácter espiritual¹, convocada por el Pontificado y presidida por un legado pontificio.

Tal definición, válida en su aspecto más restringido, requiere tener en cuenta el peculiar caso hispano en el que se da una cruzada de carácter permanente. Su objeto no es la recuperación de los lugares santos, pero, salvo esa diferencia de matiz, participa de todos los demás caracteres y se desarrolla en un ambiente similar, como respuesta idéntica de una idéntica mentalidad.

Los móviles que llevan a gentes tan diversas a protagonizar una empresa tan llena de riesgos como la Cruzada son tan diferentes como los propios cruzados².

¹ En ese sentido fue definida por P. Riant, *Inventaire critique des lettres historiques des croisades*, en "Archives de l'Orient latin", I, 1880, pág. 2. La definición es recogida por Paul Rousset, *Historie d'une idéologie. La Croisade*. Lausanne, 1983. En este trabajo se hacen precisas indicaciones sobre la idea de Cruzada, las motivaciones de esas empresas y el ambiente en que se desarrollan.

² Las motivaciones de las cruzadas se hallan en todos los libros de síntesis sobre estas expediciones. No es posible hacer una bibliografía al respecto, pero pueden consultarse las siguientes obras, punto de partida de una relación casi inagotable: ALPHANDERY, P. y DUPRONT, A. *La Chréienté et l'idée de croisade*. Paris 1954. Traducción al español, Mejico 1959. RUNCIMAN, S. *Historia de las Cruzadas*. Madrid 1956-58. 3 vols. DELARUELLE, E. *L'idée de croisade au Moyen Age*. Paris 1980. MAYER, H.E. *The Crusades*. Oxford, 1972. VILLEY, M. *La Croisade. Essai sur la formation d'une théorie juridique*. Paris, 1942. RILEY-SMITH, J. *The Crusades. A Short History*. Londres 1987.

Entre ellos es preciso destacar la liberación de los Santos Lugares y, muy en particular, Jerusalem, cuyo significado escatológico trasciende el, ya de por sí importante, de ser escenario privilegiado de la vida del Señor³. El ideal de la peregrinación y la práctica de peregrinaciones dan a la cruzada su verdadero sentido, hasta el punto de ser precisamente ése su nombre: iter Hierosolymitanum o peregrinatio, y peregrini o milites Christi la denominación aplicada a los cruzados⁴.

Es preciso tener muy en cuenta conceptos como los de guerra justa y guerra santa y su consecuencia, el inevitable enfrentamiento con el Islam; idea ésta que tiene su perfecto reflejo del lado musulmán, a mi juicio con anterioridad⁵. Asimismo la idea de redención de todos los pecados, siempre que mediaran las condiciones necesarias, y la idea de martirio, como posibilidad en el desarrollo de una empresa santa.

Existe una mentalidad colectiva que hace nacer la idea de Cruzada; su origen más profundo se halla en la innovación espiritual que se vive a finales del siglo XI y que está haciendo nacer nuevas ordenes monásticas. Sin esa mentalidad sería imposible una respuesta tan general y entusiasta como tuvo lugar. Existe también unas causas próximas, en particular la petición de ayuda por parte de los griegos, y existe también el hombre —el papa Urbano II— que tiene la capacidad de captar el enorme potencial de la Cristiandad y lanzarlo a una empresa común.

³ Vid. L. SUAREZ FERNANDEZ, *Jerusalem entre la realidad y el mito en la Edad Media*, Lección inaugural de este curso.

⁴ Vid. P. ROUSSET, *Les origines et les caractères de la première croisade*. Neuchâtel 1945.

⁵ C. ERDMANN, *Die Entstehung des Kreuzzugsgedankens*. Stuttgart, 1935. E. DELARUELLE, *Essai sur la formation de l'idée de croisade*. "Bulletin de littérature ecclésiastique", 1953-1954. E. SIVAN, *L'Islam et la croisade. Idéologie et propagande dans les réactions musulmanes aux croisades*. Paris 1968. Especial interés para el conocimiento de la mutua visión de musulmanes y cristianos, y la idea de guerra santa, aunque referida a España, tiene la obra de R. BARKAI, *Cristianos y musulmanes en la España Medieval. (El enemigo en el espejo)*. Madrid 1984.

El resultado de todos esos factores es la primera cruzada. La fuerza que tiene aquél potencial queda de manifiesto en la respuesta espontánea —anárquica e ineficaz, desastrosa— de la cruzada popular. También es la patente demostración de la necesidad de que la respuesta sea organizada, hecho que se pondrá reiteradamente de manifiesto durante la campaña, y después de conquistada Jerusalem, para retener y gobernar lo conquistado. La ayuda a Tierra Santa constituye el argumento que mueve nuevas expediciones, ya en el curso mismo de la primera cruzada, como los refuerzos genoveses cuya llegada facilita la conquista de Antioquía (3-VI-1098).

El nacimiento de cuatro estados cristianos, resultado más evidente de la primera cruzada, plantea inmediatamente serios problemas para conservar lo conquistado: las rivalidades entre los jefes cruzados, la hostilidad que su presencia suscita en los griegos, y, naturalmente, también en los musulmanes, y la escasez de efectivos constituirán problemas nunca satisfactoriamente resueltos⁶.

Los jefes locales tratarán de resolver ese problema con iniciativas de convivencia con algunos estados musulmanes; es la necesidad que experimentarán también los jefes de ulteriores cruzadas —Felipe II, Ricardo I o Federico II— cuando Jerusalem ya se había perdido: era posible, quizá, recuperarla, pero imposible defenderla. En ambos casos con el escándalo de la cristiandad occidental ante una actitud que no encajaba con el concepto de guerra santa.

La necesidad de apoyar a los cruzados en Tierra Santa motiva predicaciones, envíos de expediciones de ayuda, la exaltación de la idea de cruzada y, en particular las Ordenes Militares. Caballería y ordenes militares constituyen una mentalidad y una realidad, íntimamente entrelazadas, que desempeñan un papel esencial en el impulso

⁶ Vid. PRÄWER, J. *Histoire du royaume latin de Jérusalem*. Paris 1969-70. Idem. *The Latin Kingdom of Jerusalem. European Colonialism in the Middle Ages*. Londres 1972. RICHARD, J. *The Latin Kingdom of Jerusalem*. 1979. SETTON, K.M. (ed). *Histoire des croisades et du royaume franc de Jerusalem*. Paris 1934-36.

hacia oriente. Cuando esos ideales se transformen o se machiten la presencia en Oriente tocará a su fin.

EL IDEAL CABALLERESCO: LA PROPUESTA CISTERCIENSE.

El monacato cisterciense es un movimiento de renovación, tanto de la vida monástica como, sobre todo, del hombre mismo. Se trata, en efecto, de lograr que el hombre se despoje de lo viejo para hallar al hombre renovado: un programa evangélico que recoge ya el *Exordium parvum*, el primer documento cisterciense. Las virtudes del hombre nuevo no son pueriles innovaciones sino, esencialmente, volver a las raíces de la vida cristiana y, para el monje en concreto, a la estricta observancia de la regla benedictina.

El hombre nuevo desprecia los valores que el mundo absolutiza, no porque desprecie al mundo, sino porque sitúa aquellos valores en su justa relatividad. El monje cisterciense vive su vocación monástica estrictamente en el *nuevo* monasterio, auténticamente. La vive en el apartamiento del mundo, en el *desierto*, una de las claves que ha presentado mayores problemas para su correcta comprensión, en gran parte por una interpretación literal del *Exordio*; sin embargo, es meridianamente clara.

El desierto definido por el *Exordio* es el lugar inaccesible a los hombres y frecuentado por las fieras, la selva impenetrable en su densa vegetación. Esa interpretación literal ha llevado a pensar en la deliberada búsqueda de lugares incultos o malsanos que no resiste el menor análisis de la realidad documental o la visión misma de los enclaves monásticos.

El *desierto* es, a la vez, el lugar apartado y la vida de apartamiento que el monje lleva, a pesar de que, como el propio San Bernardo, haya de intervenir tantas veces en cuestiones mundanas. El desierto es una actitud del monje que vive una vida de milicia en la lucha contra el mal.

El Cister es el resultado de las inquietudes espirituales de su tiempo y el reflejo de la mentalidad caballesca de su época. La vida del hombre es milicia: la llamada de Urbano II en el concilio de Clermont no es otra cosa sino la llamada al ejercicio de esa milicia en un sentido concreto, el de la lucha por Cristo, la sublimación de la caballería. Un objetivo en el que se suman, como hemos dicho, los conceptos de milicia, guerra justa y guerra santa.

En ese mismo sentido, la vida del monje cisterciense es una milicia; las fórmulas de los documentos de donación se refieren a los monjes de modos diversos —los que llevan vida religiosa, o vida apostólica, los que sirven a Dios— entre ellos los que militan en el claustro.

La división de la sociedad en órdenes atribuye a cada cual una misión, en el caso de los monjes no sólo orar, sino una verdadera milicia. Como los combatientes, han de mantenerse unidos, único medio de obtener la victoria; de ahí el gran peligro al que se exponen quienes afrontan solos el combate. El canto coral, recio, viril, en expresiones del propio San Bernardo, es la expresión misma de la forma en que los combatientes afrontan el combate. Desde estos presupuestos se entiende con facilidad la razón por la que las órdenes militares inspiran sus reglas en la cisterciense.

Otra cuestión de gran importancia es la concepción del monasterio, en particular del claustro, como la ciudad solidamente afirmada en la que el monje, apoyado en sus hermanos, puede realizar su edificación interior. Es un tema común en la literatura monástica la concepción del claustro como un paraíso en la tierra.

Ese tema es especialmente apreciable entre los cistercienses. Los nombres de sus monasterios se refieren, habitualmente, a la bondad del lugar o del valle, la apacibilidad, el verdor, la transparencia de sus aguas. El claustro es una verdadera Jerusalem, con la fuente en el centro y los cuatro ríos que de ella parten, en perfecta simbología apocalíptica. Función utilitaria, se dirá. Sí, pero también simbólica.

Quienes conciben la vida como milicia, también la del monje, y el claustro como la Jerusalem celestial, son quienes mejor pueden catalizar el espíritu caballeresco para convertir a los guerreros en milites Christi, e impulsar sus anhelos a la defensa de la Jerusalem conquistada.

San Bernardo, a través de sus epístolas, presenta la cruzada como una obra santa, contrapuesta a las guerras entre cristianos; la cruzada es ocasión de salvación para los que participan en ella ya que pueden redimir sus pecados y, si hallan la muerte, alcanzar los méritos del martirio. Los cruzados son el ejército del Señor empeñado, para su propia salvación en la defensa de los Lugares Santos, legítima herencia para todos los cristianos.

Guerra santa, por ser la más justa de cuantas pueden emprenderse, presenta a la caballería un ideal sublime en el que se funden sus anhelos de aventuras, de vida militante, y, al tiempo de cumplimiento de unas inquietudes religiosas a veces difícilmente concretadas. La caballería es no sólo un modo de vida sino un ideal cristiano; el caballero cumple su ideal en la defensa de los Santos Lugares, a excepción de los reinos hispanos para quienes la cruzada es una aventura permanente en sus propias fronteras.

EL CISTER Y EL TEMPLE.

Uno de los aspectos en que se aprecia con mayor claridad la importancia del Císter en el impulso hacia oriente está en relación con la Orden del Temple, una de las primeras consecuencias del éxito de la primera cruzada.

Conquistada Jerusalem y constituídos los estados cruzados — condados de Edesa y Trípoli, principado de Antioquía y reino de Jerusalem— se plantea el problema esencial de su mantenimiento, cuyo dilema esencial es si la cruzada es solamente una expedición o exige una permanencia, como parece evidente.

Por otra parte, no sólo se trata de defender lo conquistado sino de garantizar a los peregrinos el acceso a los lugares santos; muchos realizan su peregrinación en grupos armados, pero, incluso en esas condiciones, es posible tropezar con dificultades. Como respuesta a una necesidad inevitable surgen pequeños grupos de caballeros que consideran imprescindible garantizar ese acceso y prestar su ayuda a los peregrinos. Es el germen de la Orden del Temple⁷.

En 1119, Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer, con un pequeño número de caballeros, deciden poner sus armas al servicio de los peregrinos que llegan a Tierra Santa. Se trata de una iniciativa en relación con el nuevo rey de Jerusalem, Balduino II, que inicia su reinado ese mismo año, y que les adscribe a los canónigos regulares instalados en el antiguo emplazamiento del Templo, como una orden tercera. Pronto construyen su pequeño convento anexo sin duda al santuario de la Roca, modelo de muchas de sus construcciones en Occidente.

Como tantas otras empresas humanas, los comienzos del Temple son difíciles; la explicación no exige razones complejas: la propia novedad que significa una caballería integrada por monjes, la permanente instalación en Oriente, requerida por su misión, son obstáculos más que suficientes.

Diez años después de su creación, Hugo de Payens se presentará en el concilio de Troyes, provisto de un texto de la Regla de la nueva milicia, que será aprobado en las sesiones del concilio⁸. Es un paso importante, pero precisa la obtención de apoyos en las potencias cristianas, lo que pretende el viaje de Hugo por Francia e Inglaterra, y una

⁷ Sobre los Templarios puede verse, entre una amplia bibliografía, BORDONOVE, G. *Les Templiers. Histoire et tragedie*. Paris 1974; DAILLIEZ, L. *Histoire generale des Templiers. I. Gouvernement et institutions*. Niza 1980. DEMURGER, A. *Vie et mort de l'Ordre du Temple, 1118-1314*. Paris 1985.

⁸ La Regla del Temple en DAILLIEZ, L. *La règle des Templiers*. Alpes-Méditerranée, Ed. Imprésub, 1977.

argumentación de carácter teológico que logra a través de san Bernardo.

Después de solicitárselo en varias ocasiones, logrará Hugo de Payens que san Bernardo dedique uno de sus escritos a la alabanza de la Nueva Milicia⁹. El tratado escrito por san Bernardo nos permite conocer el cocepto de su autor sobre la Cruzada y la misión de la naciente Orden; es posible valorar la importancia que el Cister —decir san Bernardo y espíritu cisterciense viene a ser lo mismo— tiene en la proyección hacia Oriente, objeto esencial de nuestra intervención en este curso.

El escrito se encuentra en la línea argumental habitual del santo; su objetivo esencial, más aún que la propia alabanza del Temple, es la conversión. Gran parte de sus obras tienen, efectivamente, esa línea argumental: la conversión del monje, en muchos de sus sermones; la conversión de los clérigos, en un escrito de ese título¹⁰; la conversión de los obispos, objeto de la Vida de San Malaquías¹¹ o de la Epístola al arzobispo de Sens¹²; la conversión del propio pontificado es también el objeto del tratado *De consideratione*, dirigido al papa Eugenio III, al que nos referiremos después.

La alabanza de la nueva milicia responde ciertamente a su título: es una justificación de la vocación de los Templarios y una defensa de su modo de vida; pero es, sobre todo, el planteamiento de un completo itinerario espiritual para los caballeros, a través del cual podrán realizar plenamente el ideal evangélico.

⁹ El texto de este tratado, *Liber ad milites Templi. De Laude Novae Militiae*, se halla en P.L. tomo 182, cols. 921-940. Se han hecho de él diversas ediciones, entre ellas, por recientes y accesibles, cito la preparada por los Monjes cistercienses españoles, *Obras completas de San Bernardo*, I, 496-543. Madrid, BAC, 1983, y las *Oeuvres complètes*. Colección Sources Chrétiennes, 367, *Éloge de la Nouvelle Chevalerie. Vie de Saint Malachie. Épitaphe, Hymne, Lettres*, ed. de EMERY. P-Y, 19-133. Paris 1990.

¹⁰ *Sermón a los clérigos sobre la conversión. Obras Completas de San Bernardo*, ed. Monjes Cistercienses españoles, I. 361-424.

¹¹ *Vida de San Malaquías, Obras completas...*, vol. II, 315-429.

¹² Carta 42: Tratado sobre el ministerio episcopal. *Ibid.* 430-487.

El cumplimiento del ideal cristiano no exige al caballero el abandono de la misión que corresponde a su orden. San Bernardo tiene la plena seguridad de que es la vida del monje el camino más seguro para el cumplimiento de ese ideal, pero propone a los hombres de guerra un proyecto enteramente similiar: pelear el combate de Cristo, como, en otro orden de cosas, hace el monje; santificar la guerra —su actividad habitual— porque es una guerra contra los infieles, *idólatras*, por tanto, *injustos*, en defensa de los fieles de Cristo, peregrinos, los *justos*. En esta actividad hallarán la santificación, tomando de la santidad de los lugares en que desarrollan su actividad el motivo de su oración; o hallando incluso el martirio.

La obra consta de dos partes: en la primera se justifica la legitimidad y necesidad de la Orden; la segunda es un itinerario espiritual por Tierra Santa. No se trata de una descripción de los lugares mencionados, que san Bernardo desconoce absolutamente, sino una evocación alegórica de cada uno de ellos, a través de la cual el monje-caballero —todos los caballeros y peregrinos, en general— sigue un itinerario espiritual cuyo colofón es la conversión personal y la plena identificación con Cristo, objetivo último de toda la obra del santo cisterciense.

En el prólogo deja constancia el autor de la insistencia del primer maestro para lograr de él la redacción del mismo¹³. El hecho tiene una lógica incluso personal: Hugo de Payens es pariente de san Bernardo y son bastantes los vínculos personales y afectivos que, tanto ahora como en los años sucesivos, mantendrá con el Temple.

En la primera parte destacan, especialmente, los siguientes aspectos:

¹³ S. BERNARDO, *Obras Completas*, BAC, I, 496-497.

1. Excelencia de la vida y muerte del caballero.

La admirable novedad de la nueva orden es que una misma persona combata por las armas a un enemigo poderoso, como lo hacen los caballeros, y al mal, al diablo, con la firmeza de la fe, como los monjes.

Para este caballero todo son perspectivas favorables: si vence, obtendrá la máxima gloria, pues lucha por Cristo; si muere, la máxima dicha, pues muere por Cristo¹⁴.

2. Santidad de la nueva milicia.

Lo es porque defiende la causa de Cristo. Está exenta de todo peligro que acecha a un ejército secular: ser muerto puede acarrear al caballero la muerte espiritual también, porque al morir mientras deseaba matar es, en realidad, un homicida; vencer y matar es sucumbir a una inmoralidad, ser también un homicida. Incluso la legítima defensa plantea a San Bernardo algunos reparos pues no deja de ser una anteposición del bien corporal al espiritual¹⁵.

3. Clases de milicia.

Jugando con los términos *malicia* y *milicia*, contrapone la caballería —malicia— con la verdadera milicia de Cristo. Los primeros se mueven por torcidos objetivos, combaten por odio, ambición o vanagloria —preocupados por los adornos, como las mujeres— y su fin sólo puede ser la muerte, propia o del enemigo, pero siempre con muerte espiritual, la única terrible. Los soldados de Cristo le sirven muriendo y matando: con seguridad de conciencia en uno y otro caso. Si matan, porque lo hacen para defender a los justos: su acción es un *malicidio*; si mueren, porque han llegado a su meta. No propone la muerte de los paganos como algo necesario, si se hallan otros medios

¹⁴ Ibid. 499.

¹⁵ Ibid. 499-501.

para combatir su opresión sobre los justos, pero, *en las actuales circunstancias*, es preferible esa solución *para que no pese el cetro de los malvados sobre el lote de los justos*¹⁶.

4. Licitud del uso de la fuerza.

Es preciso desenvainar las dos espadas —espiritual y material— contra todos los enemigos de la fe cristiana. Es preciso mantener la libertad de Jerusalem: para demostrarlo aporta un abrumador número de citas de los profetas. No olvida, sin embargo, advertir contra una interpretación literal de estos textos y prevenir contra la tentación de considerar a la Jerusalem terrestre como bien absoluto cuando es, únicamente, figura de la verdadera Jerusalem, la celeste¹⁷.

Tras este panorama general, describe la vida de los templarios y ensalza hiperbólicamente las virtudes que atesoran estos monjes soldados: disciplina, austeridad, vida común, humildad, trabajo, ausencia total de actividades frívolas e innecesarias; en lo militar destacan por su valor, organización, previsión, ansia de victoria, no de gloria y, sobre todo, por su confianza en Dios¹⁸.

Compara la misión del Templario, cuya vida santa adorna el nuevo templo más que la belleza material al antiguo Templo, con la actitud del propio Cristo expulsando de él a los vendedores. La gloria del templario es doble, por su conversión y por el servicio que presta; como lo es la de Jerusalem, por su santidad y por ser instrumento de santificación para esta milicia¹⁹.

La segunda parte considera un itinerario espiritual, de renovación del hombre, que culmina, como hemos dicho, en la plena identi-

¹⁶ Ibid. 503-505. Sobre la posición de san Bernardo respecto a la matanza de infieles, vid. DÉRUMEAUX, P. *Saint Bernard et les infidèles*. "Mélanges Saint Bernard", 68-74. Dijon 1954. Conviene recordar la contundente defensa que san Bernardo hace de los judíos. Vid. LUDDY, *San Bernardo*, 522-523.

¹⁷ Ibid. 505-507.

¹⁸ Ibid. 507-511.

¹⁹ Ibid. 511-513.

ficación con Cristo. La excelencia de los lugares mencionados constituye el gran impulso de la cristiandad hacia Oriente y, al tiempo, la máxima alabanza del Temple.

Belén, *casa del pan*, donde nace el alimento espiritual para el hombre²⁰; con este alimento el hombre ha de pasar de la *flor*, Nazaret, al fruto, al reconocimiento de la plena divinidad de Cristo, de modo que no le ocurra como al pueblo judío, incapaz de llegar a la "verdad plena"²¹.

El Monte de los Olivos y el valle de Josafat son la invitación al examen y confesión de los propios pecados²²; con ello el hombre alcanza su plena curación espiritual en el Jordán, santificado por el bautismo de Cristo y la presencia *casi patente* de la Trinidad²³. En el Calvario se opera la plenitud de la salvación, por el total despojo de Cristo, como ha de hacer el hombre²⁴.

El Santo Sepulcro es el lugar más emotivo²⁵; San Bernardo, además de apelar a la emoción del peregrino, redacta un elevado tratado teológico sobre la salvación en el que emplea un tono muy diferente del utilizado para referirse a los demás lugares. La muerte, paso obligado para el hombre como consecuencia del pecado, *una muerte voluntaria impuso una muerte inevitable*, exige una satisfacción por la deuda del pecado —el sufrimiento corporal de Cristo—, al tiempo que su muerte voluntaria nos merece la vida: pudo morir por ser hombre y no pudo morir inutilmente por ser justo.

Tras una larga argumentación teológica sobre la *locura de la salvación*, adivina el autor *quienes puedan contemplar el lugar mismo de la sepultura del Señor se sentirán como poseídos de la más dulce e*

²⁰ Ibid. 514-517.

²¹ Ibid. 516-519.

²² Ibid. 518-521.

²³ Ibid. 520-523.

²⁴ Ibid. 522-523.

²⁵ Ibid. 522-539.

intensa devoción..., y olvidarán las penalidades, gastos y peligros del viaje. El tono vibrante de san Bernardo hubo de electrizar el ánimo de quien leyese este pasaje como tantas veces ocurrió con quienes le escucharon en la predicación de la segunda cruzada.

Tomando como recurso la etimología de Betfagé, *casa de la boca*, apela el santo a la conversión del pecador y la confesión de sus pecados, como primer paso de su existencia renovada. Esboza una más amplia meditación sobre la confesión, las disposiciones de los penitentes y el modo de proceder de los sacerdotes²⁶. Al fin, el hombre renovado llega a Betania, la *casa de la obediencia*, virtud esencial en la vida del hombre nuevo, tanto en la acción como en la contemplación (Marta y María)²⁷.

Programa de renovación para el hombre y programa de vida, san Bernardo trasciende en su escrito la sola alabanza de la Orden. No es difícil suponer el efecto que tales argumentos, que constituyeron muy probablemente el esquema de sus predicaciones orales, hubieron de causar en los hombres de su tiempo. Es indudable que su acción fue decisiva en el crecimiento del Temple, tanto como en la promoción de una nueva cruzada.

LA SEGUNDA CRUZADA.

En diciembre de 1144 se producía la caída de Edesa en manos de los turcos; sucumbía el primero de los estados nacidos medio siglo antes como consecuencia de la primera cruzada. Inmediatamente se producen demandas de socorro que hallan un ambiente mucho menos favorable que en la primera ocasión: han fracasado diversas expediciones durante estos años y se ha filtrado un espíritu de lucro en el primitivo espíritu de cruzada.

²⁶ Ibid. 538-541.

²⁷ Ibid. 540-543.

No se produce, en efecto, un movimiento similar al que había dado lugar a la primera cruzada. En el caso de Francia, Luis VII, en diciembre de 1145, prometía marchar a la cruzada y solicitaba de san Bernardo que predicase la expedición. El santo declinó la petición, argumentando que no se había pronunciado el Pontífice al respecto, pero aceptará la misión cuando Eugenio III proclame la cruzada otorgando los mismos beneficios espirituales que, en su día, concediera Urbano II.

El primer acto de su predicación tuvo lugar el 31 de marzo de 1146, en Vezelay; la fuerza arrebatadora de su palabra produjo un efecto definitivo en esa ocasión y en las semanas siguientes de agotadora predicación; recorrió la región del Rin en el otoño de ese año y, ya en invierno, estuvo en Suiza. En los últimos días de diciembre se entrevistó con el emperador Conrado III, a quién logró comprometer en la empresa. Volvió a Clairvaux en febrero de 1147 e inmediatamente se trasladó a Étampes, donde los nobles de Francia realizan los últimos preparativos de su expedición.

No cabe duda del liderazgo de Bernardo en la predicación de la segunda cruzada; tampoco de la novedad del estilo que su predicación contiene. Nada de apelaciones apocalípticas, causa de desastres en el pasado: es preciso el orden y la disciplina, la conducción por jefes experimentados. Incluso en sus propuestas el realismo de Bernardo ofrece un *negocio* a los futuros cruzados: una cruz cuya materialidad cuesta poco pero que vale el reino de Dios.

En mayo y junio de 1147 se ponían en marcha, respectivamente, Conrado III y Luis VII. Como es sabido, la cruzada es un gran éxito de preparación y un enorme desastre en su ejecución. Eran demasiados los aspectos que no fueron tenidos en cuenta: el crecimiento del poder islámico, las disidencias entre los estados cristianos, la desconfianza de los griegos.

Lo que para nosotros tiene ahora un extraordinario interés no es el desarrollo de la expedición, sino el clamor casi unánime que el

fracaso de la segunda cruzada produjo contra el santo abad. Es la demostración irrefutable de que todos consideraban a san Bernardo como el verdadero promotor de la fallida expedición. El gran impulso hacia Oriente era obra exclusiva suya. Propuesto como una obra santa, causaba escándalo que, siendo la Cruzada una empresa querida por Dios, hubiese fracasado en medio de grandes sufrimientos para quienes habían participado en ella.

Algunos contemporáneos explican el fracaso de la segunda cruzada como consecuencia de los pecados de quienes en ella participan²⁸. Es una opinión generalizada, a la que se refiere el propio san Bernardo cuando decide al fin, probablemente en 1150, escribir una apología que incluye en el tratado sobre las obligaciones del pontificado, el *De consideratione*, cuyos cinco libros dedica a Eugenio III²⁹. El escrito constituye la plasmación de la idea de Cruzada en san Bernardo y, para nosotros, la medida del grado de protagonismo bernardino en las empresas militares en Oriente.

Ocupa el primer capítulo del libro II del citado tratado y se escribe a petición del propio pontífice, trascurrido un tiempo suficientemente amplio desde aquella como para que san Bernardo considere necesario justificar el retraso.

El argumento parte de la bondad y justicia de Dios, a simple vista incompatible con el desastre que ha significado la cruzada. Establece una comparación entre el pueblo hebreo, el pueblo de Dios, y el ejército cruzado, el nuevo pueblo de Dios; este hilo conductor será el que, apoyándose en diferentes episodios, le permite explicar el fracaso de la cruzada. Fueron los pecados de aquél los que causaron los terribles sufrimientos; del mismo modo, ha sido la abominación reinante en el campamento cruzado la que ha sembrado la derrota: "...pavor,

²⁸ Vid. LUDDY, A. *San Bernardo*, 585-587.

²⁹ Entre las diversas ediciones es accesible y reciente la preparada por los monjes cistercienses españoles, *Obras completas de San Bernardo*, vol. II, *Tratados*, 49-233. Madrid, B.A.C., 1984. A esta edición remitiremos en las citas que siguen.

abatimiento y confusión hasta en la alcoba del rey..." en velada alusión a los problemas conyugales de Luis VII³⁰.

Con su habitual alarde escriturístico, establece san Bernardo dos paralelismos concretos:

1. Los israelitas en el Exodo, incrédulos y rebeldes, tienen su pensamiento permanentemente en lo que habían dejado atrás, como quienes habían participado en la segunda cruzada: "...¿ cómo podían seguir adelante los que siempre se volvían hacia atrás en su caminar?... "³¹.
2. Tomando como argumento los acontecimientos protagonizados por la tribu de Benjamin, en los capítulos 19 y 20 del libro de los Jueces, señala la falta de confianza en el Señor como nueva causa de la derrota Cruzada. En este caso se refiere discretamente a los milagros que realizó durante la predicación de dicha cruzada³².

En cualquier caso, ni duda de la santidad de la empresa, ni de la inspiración de su intervención; su conciencia está tranquila, como debe estarlo la del papa, y se muestra poco preocupado por las murmuraciones y los juicios que sobre él han vertido quienes "... llaman mal al bien y bien al mal ...". Con agudo criterio señala que tal juicio erróneo procede de juzgar las acciones por su éxito aparente: otros son los frutos de la Cruzada; concluye mostrando su alegría por ser el escudo del Señor, aquél sobre quien recaen ofensas que, así, no alcanzan a Dios³³.

Fracasada la cruzada por los pecados de quienes en ella participan, tiene verosimilitud la argumentación de Suger que plantea enseguida una nueva cruzada, dirigida por los clérigos que evitaría caer

³⁰ Ibid. I,1, 82-83.

³¹ Ibid. I, 2, 84-85.

³² Refiriéndose a las pruebas que los hombres del tiempo le pedirían para demostrar que su palabra procede de Dios, se hace la pregunta y apunta la respuesta "...pero nuestros hombres dirían: ¿y qué señal realizas tú para que viéndolo creamos? ¿Cuál es tu obra?. No estaría bien que yo mismo lo contestase: no me lo permite mi pudor...". Ibid. I-3, 85-87.

³³ Ibid. I-4, 86-87.

en los vicios de la anterior. Una asamblea del reino reunida en Chartres, en mayo de 1150, tomaba la decisión de nombrar a San Bernardo jefe de esta nueva expedición. Desde el punto de vista de Suger tiene perfecta lógica; constituye, además, la plena demostración de la importancia de san Bernardo como impulsor hacia Oriente, por más que pueda parecer un disparate depositar esa confianza en un monje de sesenta años.

San Bernardo hace ver al pontífice en una de sus cartas, la epístola 256, la inviabilidad de tal designación, por razones de edad, profesión monástica e impericia militar, e insiste que es al pontificado a quien corresponde el manejo de las "dos espadas". Más nos interesa todavía la respuesta del Pontífice: confirmando a Bernardo como jefe de la expedición, dejaba claro que el sentimiento general, a pesar de los fracasos experimentados por la cruzada, y las críticas contra éste, consideraba al abad de Clairvaux como el verdadero motor del espíritu cruzado.

Poco importa que la muerte de Suger, el 13 de enero de 1151, arrojara un insuperable obstáculo sobre una expedición que, probablemente, se habría enfrentado a otros también insuperables. Lo importante, y así podemos afirmarlo a modo de conclusión, es que existía una opinión unánime que señalaba a san Bernardo como el verdadero motor del espíritu de toda una época, el que arrastra a los hombres hacia la gran empresa en Oriente.